

ACTO TERCERO.

Una alcoba.—En el fondo una cama con pabellón; puerta en el fondo y puerta á la izquierda.—Una cómoda con cajones, una silla-lecho, un sillón, una mesita-escritorio, una silla baja.—Casi en el centro, una petaca abierta.—Los cajones de la cómoda están abiertos.

ESCENA I.

MARIA, sola.

(Vestida con un peinador, está sentada á la mesa de escribir y lee en voz alta calurosamente, lo que acaba de escribir).

MAR. "Amado mío, me voy, me alejo de aquí. No me busques. Ya no nos volveremos á ver. Yo te adoro, mi alma está embriagada de tí; y no obstante, es necesario que yo me vaya." (Hablando). ¡Qué abominación!... [Leyendo]. Un día, me acusarán contigo, tratarán de perjudicarme en tu ánimo pero no creas á ninguno. Algo muy grave, inesperado, que no se puede decir, me obliga á abandonarte. ¡Oh amor mío, cuánto sufro, cuánto deploro perderte, y que todavía estoy en nuestra casa, en medio de todas mis cosas! (Mira á su rededor, llorando). Adios, mi tesoro, adios. No tengo valor para escribirte más; pero te amo, puedes creerlo, es la verdad, te amo con gratitud, te amo locamente." (Cierra la carta y llama). ¡Nana Trini! ¡Nana Trini!

ESCENA II.

MARIA, NANA TRINI.

MAR. Cuando vuelva el señor, le dará usted esto.
N. TRI. (Estupefacta). ¡Cómo! ¿no estará usted aquí á la hora de almorzar, señora?
MAR. No.... no sé... váyase, váyase. [Nana Trini sale].

ESCENA III.

MARIA, sola.

MAR. ¡Pobre Francisco! ¡Cuanto va á sufrir! Pero no tengo otro medio para salir de aquí. Ese hombre que va á venir me detesta. Le revelará todo á mi marido, y éste, á su vez, descubrirá que he sido una infame y una cobarde, y que lo he engañado también, aún amándolo y adorándolo... ¡Partir! sí, ¡partir! No hay más; quedarme es imposible... ¡Veamos! ¿he puesto todo en la maleta? (Mirando sobre la cómoda). ¡Ay! el retrato de Francisco Es mío, él me lo regaló, me lo llevo. (Teniendo el retrato). ¡Oh! mi Pancho, Panchito mío. Ya te voy á dejar Ya no te volveré á ver... (Bezos frenéticos). No, no, no puedo... no podré jamás... Además, ¿de qué me servirá el irme? ¿Adónde ir? ¿Qué camino tomar? (Con profundo hastío). ¡Oh! volver á empezar una vida de embustes y de mentiras Inventar cosas que al fin se descubren... ¡Oh! otra vez cambiar de nombre, esconderse, disfrazarse volver á la casa del viejo Soriano..... Creía yo que todo esto había acabado... Me veía yo tan cerca ya de la felicidad, rica ya mañana, y rica por el adorado de mi corazón! ...

No, yo no me voy de aquí. Era mejor mi primera resolución Morir y nada más que morir (Mirando la cómoda). Ahí tengo lo que necesito. Pancho comprenderá que no he querido separarme de él. Sí, sí, morir; lo he merecido. Eso será lo mejor... Será correcto Sobre todo, ¡no será mentira! (Llama con la campanilla).

ESCENA IV

MARIA, NANA TRINI.

MAR. ¿Mi carta, la carta para el señor?

N. TRI. (Sacándola de la bolsa de su delantal). Aquí está, señora.

MAR. He mudado de resolución, ya no salgo. (Enciende una bugía y quema la carta).

N. TRI. (Rebosando gusto). Hace bien la señora en no marcharse. ¡Reyertas! no se hace caso de ellas en el matrimonio. (Al salir). ¡Ah! ya llegó el señor.

MAR. (Aparte). ¡Francisco! [Recoge con el pie las cenizas de la carta].

ESCENA V

MARIA, FRANCISCO.

MAR. (Muy contenta). ¡Ah! querido mío. ¿Vienes de tu oficina? ¿Avisaste que ya no volverías más?

FRAN. (Muy serio). No he estado en mi oficina. Vengo de San-Cosme.

MAR. (Ahojando un grito). ¡Oh!

FRAN. El tío tenía razón. El general Ovando no vive en San-Cosme. Está viviendo en el Cópore. He ido allí

y lo he visto. Tú no tienes ninguna hermana. El general no es casado. (Una pausa)

MAR. (Pronta á llorar). Pancho, ya tú no me amas.

FRAN. ¿Que ya no te amo? ¿Si no te amara, hubiera yo pasado toda la noche atormentándome con esa mentira que nos contaste ayer, esa historia de las orquídeas que no se sabe de dónde vienen?

MAR. ¡Ah! ¿eso es lo que te ha atormentado toda la noche?

FRAN. Sí, al principio creí que podía olvidarlo; pero ya en las tinieblas, me fueron asaltando, poco á poco, ideas horrosas; una sospecha me despertaba otra; y al amanecer, ya medio loco, me decidí á ir á San-Cosme.

MAR. ¿Para qué? Me hubieras preguntado. Yo te hubiera dicho dónde compré esas flores; te habría confesado que, habiéndome costado mucho dinero, tuve miedo de decírtelo. Ya sabes, Pancho, que soy muy derrochadora.

FRAN. (Vacilante). ¿Y el general Ovando? ¿y tu hermana?

MAR. Otra niñería... una vanidad ridícula... El marido de mi hermana no es más que un simple sarjento, y me daba vergüenza hablarte de un pariente tan miserable.

FRAN. Entonces ¿ese cuñado es el que vive en San-Cosme?

MAR. Allí estaba, pero hace quince días lo mandaron á un pueblecito de Tlalpan.

FRAN. ¿Qué pueblecito es ese?

MAR. (Sin vacilar). El Molino-Colorado... Y puedo probártelo, aquí tengo una carta. (Abre un cajón de la cómoda, toma un pomito que se echa en la bolsa... Finge que busca). ¡Dios mío! pues no parece esta carta. ¡Ah! tal vez la quemé... Ahora que en-

trabas acababa yo de quemar varios papeles. Mira las cenizas.

FRAN. Nada de bromas. Entonces, ¿el día de ayer lo pasaste en Tlalpan?

MAR. Allí lo pasé.

FRAN. Bueno, bueno. Pronto, un vestido, tu sombrero, y andando. Vamos á Tlalpan, los dos juntos.

MAR. ¡Vaya! si no es más que eso. . . . ¿Cómo está la mañana? ¿Qué vestido me pondré?

FRAN. (Sombrió). ¡Eso á mí no me importa!

MAR. (Que empezaba á desbrocharse el peinador). ¡Ah! por ahí la tomas. . . . Bueno, pues no, no voy á Tlalpan. . . .

Anda tú solo si quieres; yo no me molesto por un hombre á quien ya soy indiferente. Hemos concluido ¿no es verdad? ¿Ya no me crees? ¿Ya no me amas? Pues es imposible que vivamos juntos.

FRAN. María, mira; si yo no he dicho ni una palabra de todo eso.

MAR. Sí, sí. ¿Qué vida podremos llevar sin tenernos mutua confianza? Soy muy altiva para soportarla. . . . Lo mejor será separarnos. Y eso es lo que tú deseas. Ya lo observé ayer, cuando Adela estuvo aquí. ¿Pues bien! separémonos.

FRAN. María! . . . pero tú estás loca.

MAR. (Sollozando). ¿Quién me lo hubiera dicho! Después de diez meses de matrimonio . . . tú que jurabas amarme sobre todas las cosas!

FRAN. (Abrazándola después de una ligera resistencia). Yo tengo la culpa, amor mío. . . . Confieso que yo soy el culpable. Si, no son más que niñerías, que no valen la pena de enfadarse.

MAR. ¡Malvado!

FRAN. ¿Qué quieres? Cuando uno ama, se vuelve celoso y desconfiado.

MAR. Ya tú no me amas.

FRAN. Tú eres la que ya no me amas.

MAR. ¿Qué yo no te amo?

FRAN. No, ya no me amas.

MAR. Tú eres el que . . .

FRAN. (Cortándole la palabra con una carcajada). Acabemos con esta reyerta. Abrázame. [Se abrazan].

MAR. ¡Ay! ¡qué placer se siente en tus brazos! ¡Qué feliz sería yo si no se interpusiera una nube entre nosotros! Ya no, ya no ¿verdad?

FRAN. (Con dulzura). No más, prométeme que no volverás a mentir, ni por cosas fútiles. Me inspira tal horror la mentira. . . . ¡Vaya! y el pobre Ocaranza á quien estamos esperando á almorzar. . . .

MAR. (Bajo, con sobresalto). Ni me acordaba yo.

FRAN. Quiero que te cuente sus desdichas, todo lo que ha sufrido. (Se oye tocar la campana; María se levanta violentamente).

MAR. Lllaman. ¿Oíste?

FRAN. Son nuestros convidados. . . . ¡Y tú no estás dispuesta. Vístete, vístete (Francisco se dirige á la puerta).

MAR. Pancho. . . . oye. (Vuelve hacia ella). No te vayas. . . . no me dejes.

FRAN. ¿Qué tienes?

MAR. Estoy fatigada. . . . Tengo miedo.

FRAN. ¿Miedo?

MAR. ¿Te causaría mucha pena mi muerte?

FRAN. ¿Qué idea tan singular!

- MAR. Respóndeme.
- FRAN. ¡Voto á ...! Si te murieras, yo también dejaría de existir Me arrebatarías mi ventura, mi luz, mi aliento, mi vida.
- MAR. Bien, bien, Pancho mío. (*Meciéndose sobre su espalda*). Dime dime palabras dulces, palabras tiernas, palabras que me den valor. Tengo muchas cosas que echarme en cara, tengo remordimientos.
- FRAN. ¿Por la reyerta que te ocasioné? Pero si ya no me acuerdo de eso. Te soy deudor de horas tan apacibles, de horas tan inolvidables.
- MAR. (*Siempre sobre sus hombros*). Así es como se debe estar, cuando reciprocamente se ha gozado de placeres inefables, cuando se sabe que la muerte está en accho de los más sanos, de los más robustos.
- FRAN. ¡Pero cómo hablas de muerte cuando estás en la flor de tu juventud! Tú has tenido alguna pesadilla. Espera, voy á soplarte aquí encima. (*Le sopla los cabellos*). Piff, piff, ya se fué Ahora, cámbiate ropa, y ven; ya nuestros amigos deben estar inquietos por nosotros.
- MAR. ¿Qué ahí está él Ocarauza?
- FRAN. No sé, voy á ver. (*Sale*).

ESCENA VI.

MARIA, después FRANCISCO.

(*María se dirige á la puerta y escucha*).

- MAR. No oigo su voz. No, no ha llegado aún; pero llegará de un momento á otro. Vamos, vamos, es preciso Tengamos valor Y después de todo, pasará tan

- pronto dentro de un cuarto de hora, ¡todo habrá acabado! (*Saca el pomo de la bolsa, se lo bebe de un trago*). ¡Puff! qué amargo está (*Arroja el pomo*). Una pausa. No siento nada.
- FRAN. (*Asomando la cabeza por la puerta entreabierta*). Ahí están el tío y el padre Luis.
- MAR. ¿El padre? Dile que venga, tengo algo que decirle.
- FRAN. ¿A Luis? (*Desaparece*).

ESCENA VII.

MARIA, después LUIS.

- MAR. (*Muy quedo á Luis que entra*). Cierre usted la puerta. (*Espera que se acerque*). Usted me dijo ayer: "no mienta usted". No miento. La amiga tan desgraciada, tan culpable, cuya historia le contaba ayer, está en presencia de usted. No ha podido ir al confesionario como usted quería. Pero, como los sacerdotes tienen facultad de absolver en cualquier parte en que se encuentren, élla le pide á usted el perdón de sus pecados, antes de comparecer delante de Dios.
- LUIS. (*Temblando*). ¿Delante de Dios?
- MAR. Estoy condenada, voy á morir.
- LUIS. ¿Usted?
- MAR. Créame usted, le juro que voy á morir; y ahora que estamos solos, antes de que el delirio me ciegue y me enloquezca deme usted la absolución. (*Con un profundo suspiro, la voz dolorida*). ¡Oh! qué mala estoy
- LUIS. ¿Está usted mala, María?
- MAR. Horriblemente mala Pronto dentro de algunos minutos sería ya tarde. (*Se arrodilla en el si-*

Uñ bajo, con la cara al público, anhelante). Dígame usted las palabras que debo decir. Las he olvidado. Ya no las sé.

LUIS. *(De pie cerca de ella)*. Bendecidme, padre mío, porque he pecado.

MAR. ¡Oh! sí, siempre pecado, siempre mentido. Aun al que amo y adoro, ha sido necesario engañarlo miserablemente; he tenido que mentirle á él, tan bueno, tan leal, para que ignorara quién era yo y lo que había hecho. Mas ahora lo va á saber absolutamente todo.....

LUIS. Cállese usted.

MAR. No, no entonces viendo que se acerca la hora del castigo, considerando todas las afrentas y los ultrajes que iba yo á sufrir, he sido cobarde, he atentado contra mi vida.....

LUIS. *(Alto)* ¡Desgraciada!

MAR. ¡Chito! *(Bajo)*. De todo pido perdón á Dios, y á usted, padre mío.

LUIS. *(A media voz, con un gesto de redención)*. Absolvo te quia peccasti, mu mu mu.....

MAR. ¿Hemos concluido?

LUIS. Sí.

MAR. ¡Ay! ya no podía yo más. *[Cae en el sillón, agotada]*.

LUIS. Pero necesita usted cuidados. Voy á llamar, María.

MAR. *(Levantándose y deteniéndolo)*. Cállese usted, quiero morir sin que lo sepan. No tiene usted derecho de decir una palabra. Este secreto no le pertenece, no es de usted; es de la confesión. ¡Ay! *(Da un paso y cae desvanecida en el sillón)*.

LUIS. *(Espantado, llamando)*. ¡Francisco! ¡Señor Morán!

ESCENA VIII.

Los Mismos, FRANCISCO, MORAN.

LUIS. Pronto, pronto; allí estaba, me estaba hablando.....!

FRAN. *(Precipitado)*. ¡Oh! Dios mío, qué palida está, sus manos parecen de hielo..... *(Inclinado sobre ella)*. María mi María *(Yendo á la puerta del fondo)*. Nana Trini, un médico, pronto. Aquí en la vecindad vive uno.

MOR. *(A Francisco)*. No te asustes, amigo mío, no ha de ser nada. Algún malestar pasajero.

FRAN. Yo tengo la culpa. Estoy seguro de que con mis estúpidos enojos, la he puesto en este estado.

LUIS. *[Toma la mano de María]*. Ya respira con menos dificultad.

MAR. *(Volviendo en sí)*. ¡Ah! es Francisco y el tío mío y usted ¿Están ustedes solos?..... ¿no hay ningún otro?

FRAN. Ninguno. ¿Te sientes mejor, amor mío?

MAR. Sí, pero tan cansada. ¡ay! estoy hecha pedazos..... Llévenme á mi cama.

FRAN. Espera, yo te llevaré.

MAR. No, no, no me toques. Todo me lastima. *(La lleva)*.

LUIS. *(Adelantándose en el escenario)*. ¿Qué debo yo hacer? Iluminadme, Señor, mostradme cual es mi verdadero deber.

ESCENA IX.

Los Mismos, después NANA TRINI, el MEDICO.

LUIS. Buenos días, doctor. *(A media voz)*. ¡Francisco!

FRAN. ¡Ah! gracias, señor.

- LUIS. *(A Francisco que vuelve de la cama, muy agitado).*
¿Qué buscas?
- FRAN. Una cuchara ¡Tiene los dientes muy apretados!
- LUIS. Tómala. *(Francisco toma la cuchara y vuelve á la cama).*
- LUIS. *(A Morán).* ¿Por qué no va usted á prevenir á la Condesa?
- MOR. Esas señoras van á venir ahora en la mañana. Desean encontrarse aquí con Ocaranza..... ¿Pero que tú creés que esto es tan grave?
- LUIS. Presiento, señor Morán, que va á suceder una gran desgracia en esta casa.
- MEDI. * *(Cerrando las cortinas de la cama).* Por ahora, dejémosla descansar. *(Se adelanta con Francisco).*
- MOR. ¿Se ha tranquilizado?
- MEDI. Si.....
- FRAN. *(Junto á la mesa).* Aquí hay con qué escribir, doctor.
- MEDI. *(Sentado, escribiendo y hablando, en voz baja).* Como le decía yo á usted, señor yo creo que voluntaria ó involuntariamente, aquí hay un envenenamiento.
- LUIS. *[Sin querer].* Estoy seguro sin la menor duda.
- MOR. A ver, señores, ¿por qué creen que se haya envenenado esta joven?
- MEDI. ¿Qué no ha tenido ningún pesar?
- FRAN. Ninguno ... Si, un altercado, esta mañana; pero nunca podría yo creer.....
- MOR. ¡Voto à!
- LUIS. *[Insistiendo]* Luego hay accidentes una bebida que se equivoca.
- FRAN. Si no ha tomado nada desde ayer.

- MOR. Pero élla ¿qué dice?
- MEDI. *(Acabando de escribir su receta).* Ni una palabra... En todo caso, los síntomas son convincentes; y yo he recetado conformandome con ellos.
- LUIS. *[Tomando la receta].* Démela usted. Yo mismo voy á traerla. *(Sale por el fondo).*
- FRAN. *(Al médico que se levanta).* ¿Volverá usted pronto, doctor?
- MEDI. ¡Forzosamente!
- FRAN. ¿Entonces el peligro es inminente?
- MEDI. Muy inminente. *(Tomando su sombrero).* A cada instante. *(Sale).*

ESCENA X.

Los Mismos menos LUIS y EL MEDICO.

- MOR. *(A Francisco).* ¿No sería bueno avisarle á su hermana?
- FRAN. Está muy lejos, ahora vive cerca de Tlalpan en el Molino Colorado. *(Salloza en silencio, mientras que aparece entre las cortinas del lecho, el rostro pálido de María que espía y escucha).*
- FRAN. *(Muy bajo).* ¡Ay! Dios mío, Dios mío me parece que estoy soñando *[A Morán].* Pero tiene una amiga, la señora de Bermejillo, casi es una hermana.....
- MAR. *(Desde su cama, casi sin voz).* No, no quiero.
- FRAN. *(Sin oírla).* Calle de Cadena, 28, el banquero..... ¿Quiere usted ir corriendo hasta allá, tío mío?
- MAR. *[Que se levanta].* No, no. No quiero que vayan á esa cosa. *(Se adelanta hacia ellos).*
- FRAN. ¡María! ¿Qué haces? ¿Qué tienes?

MOR. ¡Qué imprudencia!
 MAR. No, señor Morán, se lo ruego á usted
 FRAN. Vaya usted, vaya usted, tío. [*Morán sale*].

ESCENA XI.

FRANCISCO Y MARIA.

MAR. ¡Ay! estoy perdida, estoy perdida [*Se desploma sobre la silla, llorando*].
 FRAN. [*Junto á ella*]. No, linda mía, ¿por qué has de estar perdida? No te asustes. Lo que tienes no vale la pena. Si he llamado á tu amiga es mientras viene nuestra madre, para que te imparta sus cuidados una mujer. Siempre las mujeres son más á propósito para cuidar á un enfermo.
 MAR. [*Llorando*]. No comprendes no comprendes no quería yo que fueran á esa casa ¡Has hecho una barbaridad!
 FRAN. ¡Qué dice? Está delirando. [*Se abre la puerta*]. ¡Ahí está mamá! [*Bajo á la Condesa*]. ¡Ay! madre, madre, estoy desesperado!

ESCENA XII.

Los Mismos, LA CONDESA, ADELA.

COND. [*A Francisco*]. Cállate, cállate [*A María*]. ¿Qué es lo que me han dicho? ¿Mi hija, enferma?
 MAR. ¿Es usted, mamá? ¿Con Adela? ¡Ay! qué gusto qué alegría de volverlas á ver antes de morir.
 COND. ¿Antes de morir? ¿Quiere usted no estar diciendo locuras? Si vamos á curarla. Venimos á buscar á usted, María.

ADE. A llevar á usted á Tacubaya. Mi madrina va á hacer una gran fiesta por la vuelta de los hijos pródigos.
 COND. Todo lo que quieran. Tengo una deuda de ternura para con usted, querida hija mía, y tengo que pagar-sela.
 MAR. Es usted muy buena.
 ADE. [*A María*]. Si mi madrina da ese baile, es necesario que usted estrene un traje soberbio.
 MAR. [*Con tristeza*]. Eso se paga muy caro.
 FRAN. [*Tratando de réirse*]. ¡Pero ahora somos ricos!
 COND. ¡Ya lo creo! ¿no es de ustedes toda mi fortuna?..... ¡Oh! tenerlos en mi casa, no formar más que una familia, juntos, alegres.
 MAR. ¿Y Adela? ¿me querrá tanto como ustedes?
 ADE. Yo, desde que los dos salieron de mi casa, no he pensado más que en una cosa: en su vuelta.
 MAR. ¡Pobre Adelita! Parece que la estoy viendo en aquel salón, cuando decía, llenos los ojos de lágrimas: «No lo amo no nos amamos» ¡Cómo mentía! Ha sido la única vez, ¿no es verdad, mamá? Mentía, pero que hermosa mentira. Cuando se miente así, debe una enorgullecerse! Pero presto tendrá usted la recompensa, querida mía; luego que deje yo de existir, que no tardará mucho tiempo.
 ADE. [*Llorando*]. ¡Oh! no hable usted así. Bien sabe que Francisco sólo á usted la ama, y sólo con usted puede ser feliz.
 FRAN. [*A María*]. Mira, ya está llorando. A todos nos destrozas el corazón. [*Se abre la puerta del fondo*].
 MAR. [*Aterrorizada*]. ¿Quién está ahí?
 FRAN. Es Luis.

ESCENA XIII.

Los Mismos, LUIS.

LUIS. Con la medicina.

FRAN. El remedio que te va á curar.

MAR. ¿Curarme? ...

COND. ¡Un vaso! ¡Un vaso!

MAR. [*Drjando caer la botella, que se rompe en medio de la emoción general*] ¡Ay! qué torpe soy.LUIS. (*Aparte*). ¡Desraciada! Quiere morir.MAR. [*Sonriendo tristemente*] ¡Bah! las medicinas no han curado á ninguno.

FRAN. La van á traer otra vez.

LUIS. Y luego, al instante.

MAR. ¡Oh! cómo estoy sufriendo..... Sí, Luis, vaya usted, vaya usted esto es muy cruel; ¡cúrenme! ¡alvíenme! [*Sale Luis*] ¡Ay! Pancho de mi alma, tan bueno que eres... ¡Cuántos disgustos te he causado!..... ¡Qué crueles penas vas á sufrir!

ESCENA XIV.

Los Mismos, MORAN.

MOR. [*Bajo*]. ¡Francisco! ¡Francisco!FRAN. (*Yendo hacia el*). ¿Viene usted solo?

MOR. ¡Ay! amigo mío, yo no me explico lo que sucede. ¡Esto es extraño! Vengo de la casa de ese banquero, calle de Cadena, te has de haber equivocado.

FRAN. ¿28, calle de Cadena?

MOR. Perfectamente. El señor Bermejillo es viudo, no tiene ninguna hija, ni nunca ha oído hablar de la señora Vivanco.

MAR. [*Que escucha*]. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

FRAN. Pero si yo llevé una vez á María hasta la puerta.

MOR. Lo mas grave es que, viendo eso, fui al telégrafo á llamar á su hermana. ¿No me dijiste que vive en el Molino Colorado, cerca de Tlalpan?

FRAN. Sí.

MOR. Pues no hay lugar que tenga ese nombre. Me han devuelto el despacho.

FRAN. (*Inmóvil, estupefacto*). ¡Oh! eso sería horrible!..... Y sin embargo, es la verdad. (*Un gran silencio; después con violencia*). Sálganse todos. (*Tomando á su madre de la mano*). Madre mia..... tú también, Adela.

COND. Hijo mío, mira, repara.....

FRAN. (*Terrible*). Váyanse todos. (*Los hace salir*).

MOR. ¿Qué quieres hacer?

FRAN. Es indispensable que yo le hable. Necesito estar solo con ella.

ESCENA XV.

MARIA, FRANCISCO.

(*Ha cerrado la puerta, y cuando se voltea, María está arrodillada delante de él.*)

MAR. Perdón.

FRAN. Dime pronto... esa casa donde te llevé el otro día en la calle de Cadena, ¿de quién es? ¿A quién ibas á ver allí? Tú no dabas lecciones de piano, ni allí, ni en ninguna parte..... Entonces ese dinero, que decías que ganabas, ¿de dónde venía? Es necesario que me lo digas, para que yo lo devuelva.

MAR. (*Con expresión desgarradora*). Estoy muy mala.

FRAN. Sí, estás muy mala, pero yo quiero una respuesta. ¿A qué casa ibas cuando yo te creía en San-Gosme? No tienes hermana, no tienes amigas, ninguno te conoce ¿De dónde vinieron esas flores, ese brazalete, tus trajes?

MAR. Perdón, Pancho mío.

FRAN. Me has engañado; has engañado á mi madre; me has mentido a todas horas, á cada instante. Tú conocías mi vida, y yo no sab a nada de la tuya. Nada, ni aún tu nombre; porque supongo que no es tuyo el que llevas. ¡Ah! la mentirosa, la embustera..... ¡Tenía razón Ocaranza! Todas las mujeres son mentirosas.

MAR. ¡Dios mío! que me muero.

FRAN. (*Asiéndola de las manos*). ¡Oh! no, no te morirás sin responderme. Primero, ¿de qué te mueres? ¿Por qué? ¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Qué has venido á hacer en mi camino? Pero habla, pues, habla, dime cualquier cosa. (*La sacude*).

MAR. (*Besándole las manos muchas veces*). Perdón, perdón, (*Cae al suelo y no se mueve*).

FRAN. (*Se inclina á verla, y levantándose espantado*). ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA XVI

Los Mismos, JOAQUIN OCARANZA.

FRAN. ¡Ocaranza! (*Se arroja en sus brazos*). ¡Ay! amigo mío..... ¡Muerta en el misterio! Muerta en la mentira. La pierdo para siempre y no sé quien es.

OCAR. (*Mirando á María tendida, la cabeza sobre el sillón*). ¿Eso? ¿Eso? es mi mujer!

TELON

XOCHICALCO.

A mi estimado amigo Manuel V. Preciado.

Entre las ruinas que más poderosamente han llamado la atención de los sabios arqueólogos en México, se encuentra el monumento megalítico que el Barón de Humboldt designó con el nombre de *Atrincheramiento militar de Xochicalco*. Está situado á 25 kilómetros de Cuernavaca, en la cima de un collado de 100 metros de alto sobre su base, y de 1300 sobre el nivel del mar. En torno de la colina hay cerros de mayor altura, entre los cuales está el *Colotepetl* (cerro del Alacrán ó de la Torcedura), y en la falda de uno de ellos está situado el humilde pobló de Tetlama, cuyos moradores son acaso los últimos y degenerados vástagos de la poderosa raza que hace siglos dominaba soberana en aquella comarca.

Desde la cima donde se halla el monumento se divisa al Sur la riquísima y feraz campiña en que tienen su asiento los pueblos de Mazatepec, Tetecala, Cuate-